

EL MUNDO BAJO LOS PÁRPADOS

Jacobo Siruela (2011, 2ª ed.)

Girona, España: Atalanta

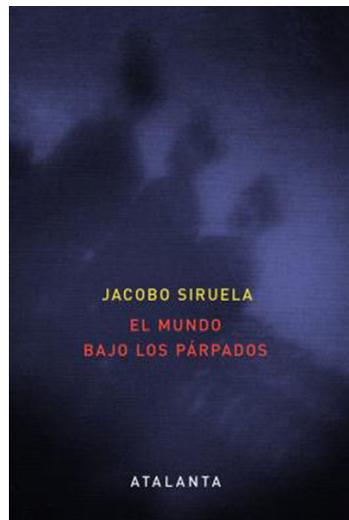
La historia de la humanidad ha sido determinante en la interpretación de los fenómenos oníricos, porque ha influenciado la forma en cómo definir/actuar frente a ellos. Esto se debe a los procesos de re-significación que ha tenido cada cultura por cada época, acorde con sus modelos de interpretación. *El mundo bajo los párpados* (2011) nos plantea la influencia socio-histórica del proceso onírico y cómo principales personajes de la historia lo han comprendido a partir de sus experiencias nocturnas.

Este libro de Jacobo Siruela se estructura en cinco capítulos. El primero de ellos, “Los sueños y la historia”, enfatiza el papel que ejercen los acontecimientos oníricos en la memoria histórica como una *huella secreta*. Esto se debe a que “el sueño no es únicamente un fenómeno espontáneo y privado de la mente, forma también parte de una experiencia más vasta de la historia cultural humana” (p. 14). Para ello, el autor utiliza la categorización de *sueños históricos* o *sueños políticos*, los cuales guardan contenidos inherentes a la experiencia colectiva, con temas recurrentes (o sueños mutuos), encontrados en los diversos registros históricos. De igual manera, los *sueños premonitorios* permiten apreciar el fenómeno onírico como un proceso complejo que no solo abarca lo físico y lo psíquico. Pensadores de la cultura occidental y oriental, sujetos de la vida política o religiosa (Perpetua, Lincoln o Amílcar Barca), autores de la literatura universal (Borges, Kubla Khan, Coleridge), así como la misma producción literaria (en especial epopeya y narraciones del folclore), propician al autor reflexionar sobre el sueño, en su valor individual, como colectivo y en su trascendencia histórica. La historia y los sue-

ños no pueden ser concebidos como unidades dispares porque, en el hecho onírico nocturno, se resguardan conocimientos que aún no hemos experimentado en la vida diurna.

“El sueño y lo sagrado”, segundo capítulo, establece puentes entre las diferentes esferas de la comprensión humana, en particular, el mundo físico/material, en contraste con el mundo (meta)físico/espiritual. Para dar cuenta de ello, el autor recurre a registros históricos, como los de la literatura, la religión, el folclore universal, con los que lleva a cabo un rastreo del valor espiritual de la experiencia onírica y su expansión a otros tipos de conocimiento, en dimensiones en que la razón aún no tiene cabida. Previo a los periodos de la razón y el avance tecnológico, el ser humano realizó prácticas que denotaban el valor sagrado del onirismo. Mito-rito-sitio actuaban en función de una realidad diurna entrelazada con una realidad nocturna de profusa significación. Las prácticas de incubación onírica de los egipcios (adoptada en la Grecia clásica), en templos destinados a esta práctica, así como el *abatón*, la *nooterapia* y la *metanoia*, dan una comprensión de la totalidad del ser, al ofrecer respuestas sanatorias a cualquier tipo de padecimiento físico y emocional, mediante la experiencia de sueños. En culturas pre-modernas, el fenómeno onírico daba las respuestas sagradas y la conexión más íntima con las deidades que habitaban el plano de lo inteligible y lo etéreo. El sueño constituía, entonces, un umbral hacia otras dimensiones.

El tercer capítulo, “El espacio onírico”, resguarda vinculaciones ontológicas, cuando cuestiona el papel de la consciencia dentro de las dimensiones oníricas, las cuales se caracterizan por estar/ser trastocadas, alteradas y



diferentes a lo que se considera real. Fragmentos de los testimonios de Aristóteles, San Agustín, Descartes, Emanuel Swedenborg y Nietzsche permiten al autor estudiar *la consciencia onírica*, como un estado o un grado distinto a la *consciencia despierta*. Esto implica que los fenómenos oníricos tienen su propia representación fenoménica. Por ello, los cuatro principios fenomenológicos sobre el onirismo, según el marqués Hervey de Saint-Denys, orientan la definición de la experiencia onírica y su definición como dimensión espacial. El vínculo, de nuevo, entre el mundo físico encuentra *vasos comunicantes* con el mundo metafísico y abstracto del sueño, donde se experimentan vivencias, emociones, se conocen otros seres y la mente recibe imágenes únicas de esos planos de sueño. La triada: pensamiento/imaginación/memoria, como actos fenomenológicos, es el motor de inicio del proceso onírico. Todo lo que la mente consciente ha recibido se despliega, de maneras insospechadas, durante las aventuras nocturnas, para dar un mayor conocimiento a la existencia material/espiritual. El plano de los sueños, entonces, habla al ser humano desde voces jamás oídas o que ya hemos escuchado.

“Sueño y tiempo” es el cuarto acápite del libro. La dimensión temporal tiene sus reglas particulares dentro de la experiencia de sueños, debido a que estos tienen su propia lógica y transcurren, fenomenológicamente, de diferentes maneras al tiempo material; por tanto, *el tiempo onírico* no puede ser medido o cuantificado y se encuentra más allá del tiempo de la realidad despierta. El autor, por ello, habla de una *duración interna*, en una *dimensión onírica*, que es psíquica y atemporal. Esto redimensiona la noción del dormir “Mientras el cuerpo duerme, la psique despierta en una dimensión inmaterial, cuyos territorios y circunstancias pertenecen enteramente a los reinos anímicos” (p. 193). Cuando se difuminan los tiempos racionales (pretérito/presente/futuro) durante la ocurrencia onírica, se comienzan vivir otras experiencias que han sido teorizadas por diversos pensadores a lo largo de la historia. Siruela recurre a los

postulados de un filósofo (Schopenhauer), de un psicólogo (Jung) y de un científico (J. W. Dunne), para contrastar cómo comprenden el fenómeno onírico y su temporalidad, a través de la causalidad subyacente, el inconsciente colectivo y la visión cuatridimensional del universo, con la teoría de las supercuerdas. Aunado a ello, los términos *destino* (para los griegos), *fatum* (romanos), *providencia* (cristianos y musulmanes) o *inteligencia cósmica superior* (gnósticos) propician determinar un patrón para estudiar el tiempo onírico en función de una existencia material y, por ende, una existencia inmaterial, capaz de ser percibida durante los sueños.

Como uno de los planos de acceso que se puede percibir en los sueños es el reino de los *muertos*, el quinto y capítulo final *Sueño y muerte* da una lectura de este fenómeno, con relación a los diversos imaginarios socioculturales y su inevitable vinculación con los sueños. Tánatos e Hipnos (dioses griegos de la muerte y el sueño) son los símbolos adecuados para representar el traslado del alma hacia otros reinos no palpables durante la cotidianidad, a través del arquetipo del viaje, como trayecto de transformación total: en este caso, de la psique y del alma. Por ello, los sueños son considerados umbrales para percibir/experimentar los estados de muerte, porque “cuando soñamos, despertamos en otro mundo” (p. 301), como pudo estudiar Henry Corbin, al categorizar *el mundo imaginal*, como dimensión netamente psíquica y espiritual, que se puede visualizar en los sueños. En este sentido, el apoyo mitológico, filosófico y científico, en especial de la física cuántica, da a Siruela un bagaje significativo sobre el sentido de muerte/sueño en las diversas culturas pre-modernas y modernas.

El mundo bajo los párpados se puede vincular a libros de hermenéutica onírica histórica, como *Studies on the dream in Greek culture* (1978), de A. H. M. Kessels; *Los sueños en la antigüedad tardía* (1994), de Patricia Cox Miller; *El lenguaje de la noche: cómo entender el paisaje de los sueños* (2006), de Stanley Krippner, entre

otros, que no refieren únicamente al papel *fantástico* del fenómeno onírico, sino a su inevitable relación con la vida física, psíquica y anímica del ser humano y su capacidad de conectarse con otros estados del saber y de la existencia. Jacobo Siruela retoma una de las principales incógnitas que nos abrumba: ¿por qué soñamos? Interrogante sublime presta a múltiples interpretaciones, según las concepciones de vida epocales y espaciales.

Carlos Guillermo Casanova
Universidad de Los Andes, Mérida
cgcd88.cg@gmail.com